

**Quintero, Elvira Alejandra (2013), 5000
kilómetros al Sur, Bahía Blanca, Editorial de
la Universidad Nacional del Sur, 64 páginas.**



319-322

Marta Susana Domínguez*

Fecha de recepción

20 de agosto de 2013

Aceptada para su publicación

29 de abril de 2014

Al comenzar a leer esta colección escrita por la poeta colombiana Elvira Alejandra Quintero nos encontramos con una grata sorpresa, porque en ella confluyen toda su experiencia previa de vida, que incluye el sustrato ancestral de su pueblo unido a los sufrimientos por los largos años de guerra civil padecidos, con las frescas imágenes de la ciudad de Bahía Blanca que la acoge durante tres años, mientras realiza su Doctorado en Letras en la Universidad Nacional del Sur.

El itinerario desde su país natal hasta el extremo sur de América va siendo trazado, a través de los poemas, desde Cali a Bahía Blanca. Así registramos, uno por uno, cada uno de los siguientes lugares: la frontera entre Colombia y Ecuador, la costa del Océano Pacífico, Miraflores en Perú y el Lago Titicaca en Bolivia, hasta llegar a Argentina, donde nombra a San Juan [sic] de Tucumán, y el barrio de San Telmo en la Capital Federal; a ellos se suman varios poemas que retratan nuestra ciudad -casi como postales bahienses- y por último el poema que refleja el viaje a Puerto Madryn, en la primavera de 2011, bajo el título "Lepra".

El título del poemario es homónimo del anteúltimo de los poemas y está muy bien elegido porque al final del proceso de viaje, coincidente con el proceso de escritura, se produce la *anagnórisis* del poeta: la ascensión de lo vivido y un renacimiento a través de la palabra.

* UNS. Correo electrónico: mdominguez@uns.edu.ar

¿Qué podemos decir de este bello poemario? Parece que describe un recorrido del camino porque se viaja para olvidar un amor y al mismo tiempo para no morir: es un viaje terapéutico y un viaje de iniciación. La misma imagen del camino por sí sola ya aparece en el epígrafe del libro: “La línea recta solo conduce a la muerte” -frase de *En la carretera* de Jack Kerouac- porque el camino es la línea de la vida y cuando el camino ondea, se bifurca y se extiende, se transforma en el tejido mismo de la existencia, de los hilos y los nudos de la escritura. Se escribe para anular la muerte: para permanecer.

Hay un camino exterior que es un reflejo de su indagación interna, el descenso al Hades para asumir los cuerpos muertos, los abortos, los desaparecidos anónimos que yacen en las tinieblas y confusión de los bosques -“son oscuros laberintos de cuerpos sin nombres” (p. 34)-, los muertos insepultos, los arrojados al mar... El viento es el *psicopompo* que la conduce en su viaje interior, que acompaña el viaje espacial y por eso muchos de los poemas se titulan así -“Viento sobre el río Guaitara”, “Viento blanco en el desierto de Sechura”, “Viento en la alameda” y “Viento sobre la calle Sarmiento”- o bien poseen constantes imágenes del viento que la acompañan a lo largo del camino incrementándose al llegar a Bahía Blanca, ciudad de los vientos.

Carga su origen en su mochila y este es, por una parte, las voces de los ancestros representadas en los nudos de los hilos, que le transmiten oralmente sus memorias, y por otra los muertos de los cincuenta años de combate colombiano. Su camino es un laberinto de pasos que la conducen de las tinieblas a la luz. Lo único que está claro es la dirección: “el sur del sur” -expresión que se convierte en un *leit motiv*-. Esto es el laberinto de su escritura.

Una de las claves está en los “Hilos de Ariadna”, poema inicial, donde encontramos la tradición ancestral de relatos orales representados por nudos -así se denomina otro de los poemas: “Nudos”- unida a la tradición clásica. La poetisa nos da sus poemas que son el mismo hilo que Ariadna le brindó a Teseo, para que, una vez derrotado el monstruoso Minotauro, encontrara la salida del laberinto y no la muerte. El poemario abre con este poema y cierra con “Intemperie”, en el que ya se ha despejado su camino y se ofrece a sí misma en sacrificio amoroso a los cuatro elementos: al aire, al agua, a la tierra y al fuego. La iniciación ya se ha consumado en el poema anterior “5000 kilómetros al Sur”: “Ahora el viento es tu historia y no quieres ya mirar atrás” (p. 63). Así como el viento ha desatado sus trenzas, ha desatado esos nudos de las historias pasadas. En esta última línea del poema, “viento recordándote que querías volar” (p. 63), llegamos a la imagen central de la libertad reconquistada.

Quisiera hacer una escala en el texto y detenerme ahora en las imágenes de nuestra ciudad agrupadas en la sección subtitulada “Estación Bahía Blanca (Panorama ciego)”, que consiste en seis poemas. En “1. A los loros del Parque

de Mayo" expresa su despertar bajo el grito de estas aves que la ayudan a borrar "otros días lejanos / de trópico azul y naranjas luminosas" (p. 25); no ve a los loros pero sus gritos son ensordecedores: de ahí lo de "Panorama ciego". En "2. El sur", este es una construcción utópica: "el sur del sur". En esa expresión encuentro el eco de una frase muy común en las profecías del célebre psicógrafo argentino Solari Parravicini. Esto se repite en "4. Hambre": "en una calle sin nombre al sur del sur" (p. 28). En el poema "3. Soledad" vemos que esta lo caracteriza efectivamente, porque es el rasgo más evidente del sur. Lo ve como un viaje al desierto y como un castigo kármico -"Me digo qué hice aquí hace mil años que debí / volver ahora" (p. 27)- y nuevamente en la hipálage "las campanillas diáfanas del viento" encontramos que el aire transparente y helado del sur es el que efectúa la purificación, parece que barre con todos los antiguos dolores o, por lo menos, los asimila y los ordena. En "4. Hambre" se refleja un estado emocional de carencia de alegría, producto de la ausencia, del desarraigo, de la soledad de los caminos, los que le permiten el descenso en su interior -la *catábasis*-; allí encuentra los recuerdos familiares y amorosos con las recetas para el mal de amores de su madre: "valeriana, manzanilla, cedrón para las sur / inquietas" (p. 28). En "5. Deslumbrada" vuelve sobre la imagen del sur metaforizado, en esta ocasión, como un imán que la arrastra poderoso, tal vez como lo sintieron los antiguos chamanes que pasaron desde Siberia hasta Alaska y se desplazaron hacia el sur incesantemente hasta llegar a Ushuaia. En el último poema de esta serie, "6. Cielos", se expresa la integración al nuevo ambiente en la descripción de una caminata durante el mes de agosto -mes de los vientos en el sudoeste bonaerense-, en la que los gritos de los loros se sienten como parte del paisaje y no ya como una irrupción desagradable, como lo había expresado en el primero de los poemas de la serie. En unos pocos versos resume las causas de su viaje y su cambio anímico: "Y yo / camino dulce y sola por esta calle larga y anónima / en mi vida. / He llegado de tan lejos / 5 mil kilómetros al norte Cali trópico ardiente de / mi tierra / de mi alma. / He venido al sur al sur a esta ciudad helada y triste / para dejar atrás los rostros de otras calles / y la tortura de su amor" (p. 30).

Otra de las secciones del poemario merece una mención especial porque se presenta uno de los temas centrales de la poesía, la muerte: "En busca de los nombres", que se continúa en "Las otras muertes". Esta sección está compuesta por tres poemas: "1. Los nombres", "2. Noticias" y "3. Cuerpos de la colina". En ellos, de la anonimidad de los cuerpos cosificados pasa a la búsqueda de los nombres desconocidos en las noticias pero desaparecidos: "Borrados todos en Bogotá Cali Chinchiná / Popayán Villavicencio / y en otros pueblos sin nombre fecha y sin / camino / un día de tantos de un año de tantos de mil / novecientos ochenta o noventa o algo más" (p. 36), todos hilvanados en la repetición "No te conocí...", con la que inicia cada estrofa. Los dos últimos versos hablan del nuevo milenio, que es el enlace hacia el tercer poema porque el rostro de Colombia no cambia: "Y el nuevo tiempo conservó su mismo rostro. / Dos mil uno y dos y

tres y cuatro. / Y nunca más (...)” (p. 37) -y siguen numerosos nombres a los que la poetisa presta su voz para que no sean olvidados enteramente. Y cierra: “Pero sopla el bosque. / En él miles de cuerpos buscan los nombres que / fueron / 400 / 500 / mil y mil cuerpos yacen olvidados de sus nombres / soñando bajo el bosque / murmurando bajo el bosque / buscando entre pesadillas las huellas de sus letras / el nombre que les diga que alguna vez pasaron por / este mundo” (p. 38).

“Las otras muertes” es una nueva sección, pero temáticamente clausura la anterior y a la vez universaliza la injusticia de las muertes: “ahora que nadie vendrá a responder / porque murieron otros / y otros / y otros” (p. 39); el polisíndeton muestra una acción ralentizada que se repite incesante.

“El tiempo en el espejo” consiste en una secuencia de ocho poemas centrados en el otro gran tema literario, el amor. El poemario -“este grito”- está destinado para “él”: no sabemos quién es, si está vivo o muerto, si es un primer amor, si es un escritor, pero escribe para ese “él” cuyas imágenes la acosan detrás de sus párpados en “Lepra”.

“Recordar es volver a pasar por el corazón” -definición casi tautológica: “recordar” proviene del latín *cor, cordis* cuyo significado es corazón, por lo tanto, “recordar es volver a pasar por el corazón” nuevamente. A este poema le sigue: “Viento sobre la calle Sarmiento”, donde el viento helado que llega desde Ushuaia, desde la Patagonia y la Cruz del Sur, le trae un renacimiento, la posibilidad de volver a empezar: “Del viento su enojo. / su perdón / su ruego /” (...) “Del viento su arrepentimiento y aceptación de / todas las faltas” (...) “su adiós helado bajo el cielo vacío” (p. 51).

Lo definí como un bello poemario porque esa es su característica esencial, pero además nos da una fresca mirada sobre nuestro país y nuestra ciudad. Es un libro de poemas para que nos acompañe durante largos años, porque su relectura nos permite intuir nuevos sentidos en cada abordaje. Para finalizar, una última palabra para la cuidada edición de la Editorial de la Universidad Nacional del Sur (Ediuns), cuyos diseños *naïf* expresan bien la índole del libro acompañando la dedicatoria de Kerouac.